



DESCANSO VERANIEGO

A las cuatro en punto de la mañana, sin previo aviso, me despertó tal trajín en el piso de arriba que pensé en un cuerpo de operaciones especiales que estuviera desalojando una brigada de okupas atrincherados en la parte alta de la vivienda, con víveres, armamento y municiones para resistir el asedio durante un año entero. Era algo parecido: siete elementos, de diferente sexo (sin duda sordos, pues a voces se pasaban las instrucciones), corrían los muebles, tiraban colchones al suelo, se hacían un sitio entre montones de ropa, lienzos y cuadros, objetos varios que, a duras penas, pude clasificar, por las legañas. No había nada que parlamentar con ellos: estos sujetos, quizá otros diferentes (iban alternando a lo largo del día y la noche, imposible retener caras ni nombres) me habían echado a perder la siesta jugando al fútbol sobre mi cabeza, con tan sólo una liviana tarima de por medio; o se quedaban bien quietos y calladitos, les dije, o a dormir al sereno bajo las estrellas. Creo que ese fue mi último intento por poner algo de orden en el desconcierto, luego me dieron por vencido.

Me había costado mucho conciliar el sueño, lo que tardé en superar el sofoco, al entrar en casa, de no ver por parte alguna a la hermana pequeña de la responsable de la empresa de mudanzas ya citada, ni a ninguna de sus menudas acompañantes, hasta que divisé, en mitad del jardín, una tienda de campaña surgida sobre lo que queda de césped (el rigor del verano, tanto correteo, los topes), como un hongo formidable. Habían meti-

EL FLOTADOR

**MANUEL AMBROSIO
SÁNCHEZ SÁNCHEZ**
PROFESOR DE LA USAL



do dentro del habitáculo el ajuar de la casa (toallas, mantas y colchas) para prevenirse del frío. ¿Cómo explicarles, a unos y otros, las verdades incómodas del veraneo: que algunos, por desgracia, trabajan; que, a veces, es preciso levantarse temprano, recoger objetos y enseres domésticos, hacer la compra, lavar la ropa, preparar el sustento?

Se vaciaba la nevera a la misma velocidad con la que la llená-



bamos; estoy por asegurar que, para tan fugaz depósito, lo mismo valdría un armario, sin necesidad de frío. Allí nadie apagaba una luz, se había perdido la memoria de un acto tan simple y preciso como cerrar una puerta para evitar que el perro se coma el jamón y un chorizo. De los rincones más insospechados llegan hasta tus orejas, a cualquier hora, risas, gritos, canciones de ayer y de hoy, suspiros o llantos, seguidos de las inevitables reclamaciones porque algo no está en su sitio, o no aparece, o no has

sido lo suficientemente cordial y atento con los dos nuevos (¿vendrán también a quedarse o sólo de paso?), les pusiste mala cara, sí papá, reconócelo, eres un sieso. El horario, ese intento de los seres humanos por regular la fisiología, parece cosa de libros. No queda ya nada de los conceptos que funcionaban hasta la semana pasada, ahora se imponen nociones poderosas y nuevas como "tío" y "tía", "buen y mal rollo" y sobre todo "salir", salir de cualquier parte. Lo que ayer parecía tu hogar se vuelve vestíbulo de un aeropuerto. Descubres itinerarios secretos en tu morada: todo hueco les sirve a los visitantes como paso o travesía, temes abrir tu ropero y toparte con una tertulia; tu baño hace mucho que no te pertenece; como propio no te queda ni la posibilidad de salir corriendo, intuyes que luego llamarían los padres de la muchachada para tacharte de irresponsable...

Entretanto, en mitad de la ola de calor, el agua de la piscina se vuelve turbia (¿faltará cloro, alguicida o alguna otra sustancia de nombre técnico, tendrás que volver a limpiar los filtros?), falla el horno y el cortacésped, se empiezan a secar tres árboles, notas el cuello algo tenso. De pronto, aciertas a pararte delante de un espejo y descubres la cara del huésped. Menos mal que alguien, sin hacer comentario, deja, sobre el caballete que le prestaste, una foto magnífica, o una caja con cerezas, ciruelas y vino de Mieza en la encimera de la cocina, que una mano te acerca hasta la mesa una jarra con zumo de naranjas... ■